

» quien la misma memoria se afrenta. Tuvieron  
 » ambos abominables vicios de hombres y de  
 » reyes ; pecaron á entrambas manos.»

*Entre Caton y Temistocles.*

*Por Francisco Patricio*

» ¿ Qué cosa pudo haber mas dura y severa que  
 » la determinacion de Caton , que por no mudar  
 » su áspera manera de vivir , quiso ántes matarse  
 » que someterse al vencedor ? César en dos solem-  
 » nísimas oraciones no dejó de reprobar tan cru-  
 » da y sangrienta sentencia como contra sí dió y  
 » egecutó Caton. De otra mañera lo hizo Temís-  
 » tocles , que quiso mas bien fiarse de la dudosa  
 » y bárbara fé de Jerjes su enemigo , que deter-  
 » minar de sí cosa dura , ó esperar gracia de la  
 » reconciliada patria.»

## APÉNDICE II.

### DEL ESTILO ALEGÓRICO.

El genio alegórico y simbólico de los antiguos pueblos era nacido de aquella inclinacion y gusto intelectual que condujo los sabios á cubrir sus lecciones con emblemas y enigmas que hiciesen la doctrina mas curiosa y apacible , y que con la viveza y bulto , digámoslo así , de las imágenes, fuesen mas atractivas , y retenidas en la memoria con mayor facilidad.

Aquellos primeros sabios, cuyos sucesores, con menos arrogante nombre , quisieron llamarse fi-

lósofos , ó amigos de la filosofía , por medio de este ingenioso artificio hicieron palpables las verdades mas abstractas , trocaron en pinturas las proposiciones mas áridas , personificaron los entes morales é inanimados , y la naturaleza entera tomó un nuevo semblante. Lo mas metafísico se revistió de perfecciones y formas corpóreas ; y de las influencias celestes y sublunares en las criaturas se tegió una historia de personajes ilustres, que dió origen á la teogonia. Este caracter alegórico se descubria en las metáforas , en las parábolas , en los enigmas , en los proverbios , en las fábulas , simbolos , apólogos , geroglíficos , y en los cuentos mitológicos , que son otros tantos géneros de alegorías.

Los Vates , ó primitivos poetas , que fueron por larga edad maestros de las buenas costumbres , y correctores de la vida humana , dieron muchos preceptos de buen gobierno , y de policia civil debajo de algunas cubiertas y agradables ficciones : y á este fin , ya para formar un buen príncipe desde su tierna edad , ya para civilizar los hombres , parece que sacaron sus máximas de la fuente de la sabiduría. Mas , como aquellos hombres primitivos eran duros , agrestes , y casi indóciles , y de suyo mas inclinados á injurias y rapiñas que al trabajo , é industria ; fué menester reducirlos y atraherlos á la equidad y justicia con algunos cuentos y fábulas suaves , desviándoles poco á poco de la rusticidad y fiereza.

Por causa de que hay algunos hombres tan aficionadas á la vanagloria , que se precian y deleitan de mentirse á sí mismos , y se aman en tanto grado , que sin contradiccion creen todo lo que de sí oyen , dicen algunos griegos que fingieron

los poetas aquella fábula de Igió, enamorado perdidísimo de Juno, el cual pensando tenerla en sus brazos, se halló abrazado con una nube, de cuyo ayuntamiento fueron engendrados los centauros: queriéndonos dar á entender que así los deseosos de vanagloria se requiebran y abrazan con la imágen vana de la virtud. Tal es el sentido moral de las fábulas místicas entre los primitivos filósofos.

## ALEGORÍA.

Para dar aquí una esplicacion exacta de lo que los retóricos llaman alegoría, la cual colocan, como dejamos dicho mas arriba, los unos entre los tropos, y yo, con otros muchos, entre las figuras de senténcia: diremos que no es lo mismo el estilo metafórico que el alegórico. La *metáfora* es una frase en que se junta la palabra figurada con la propia: así se dice: *el fuego de sus ojos*, tomando la voz *ojos* en su sentido recto y natural, y la otra en el impropio ó translaticio. La *alegoría* pasa mas allá: forma una oracion perfecta, en que todas las palabras desde la primera tienen un sentido figurado, ó por mejor decir, todas forman desde el principio un sentido literal, que no es el que se quiere dar á entender entónces, hasta que al fin se descubre el verdadero, descifrando al primero en la aplicacion por medio de una semejanza.

Las de este género se llaman *alegorías puras*, como se verá en el egejemplo siguiente. *Mirad esta tierna yedra cuán estrechamente se abraza con el magestuoso olmo; de él saca el sustento, y su vida pende de este robusto bienhechor. ¡O grandes de la tierra! Vosotros sois el amparo del pobre*

*que os busca*. La aplicacion de los grandes á los olmos descubre y califica el sentido alegórico por una comparacion.

Hay otro género de alegoría llamada *mista*, porque está entretregida de voces, unas en el sentido propio y otras en el trasferido, que vienen á formar una composicion figurada de metáforas conformes al objeto principal. Un historiador, pintando el estado de la Alemania, despues del atentado de Cromwell en Inglaterra, dice: *La Alemania, mezclando el extraño de los publicistas con el azogue de los teólogos, presentaba á la espada de las discordias civiles un espejo que detenía el brazo levantado del odio y de la ambicion*. En esta oracion las palabras propias son *Alemania, publicistas, teólogos, discordias, odio, y ambicion*; y las trasferidas ó figuradas en relacion con aquellas son, *estrño, azogue, espejo, espada, y brazo*: viniendose á formar de la correlacion de semejanza de las unas con las otras un espejo moral y sus efectos.

Escribiendo el P. Roa las vidas penitentes de algunas mugeres dignas de la luz de la historia, que ilustraron con su austera virtud á su patria, así arguye contra la tibieza de sus patricios con estas comparaciones alusivas, distribuidas en mistas alegorías de imágenes diversas, que amplifican grandemente el pensamiento principal: *No hieren (dice) á nuestros descos egejemplos pasados, aunque domésticos y crecidos de marca, porque nos parecen mayores de nuestro talle, y miramos á sus autores como gigantes: estatura que no cabrá en nuestros cuerpos. Triunfamos con que, ni hace á los niños el calzado de Hércules, ni á David las armas de Saúl; como si el*

*dado de Dios, que á nuestros mayores hizo grandes, no pudiese crecer nuestra pequenez, ó tuvieramos nosotros presas las manos para no crugir la honda, y quitar la espada, y aun la cabeza, al gigante.* Desde el principio corre la alegoría aunque interrumpida por distintas metáforas, si bien análogas al intento, bajo la idea de un cuerpo considerado en el estado de pequenez é imbecilidad, y luego en el de robustez y grandeza para triunfar con la fortaleza del vicio mas gigante.

Toda *alegoría*, sea de oración entera, sea de una parte de ella, debe guardar en su curso la imágen principal de donde saca las otras accesorias, quiero decir, que estas deben ser, hasta concluir la composición, análogas á la que es como el arquetipo de toda la figura. Si el navio, por egemplo, corriendo una tormenta, ha de representar la república combatida por la guerra civil; es necesario que á la *imágen* de navio naufragante que es el objeto principal, sigan y correspondan las demas dependientes de ella, señalando las partes y movimientos del buque, la furia de los vientos, la braveza de las olas, y el peligro de los escollos, porque la alegoría hasta el fin continúa con el mismo género de translación con que empezó. Seria monstruosa composición si principiase por una inundación, y finalizase con un incendio; ó si por la fiereza de un leon, y acabase con un terremoto. Tal es la de un escritor nuestro, y de los mas elocuentes de nuestro siglo de oro, cuando dice: *Como este mundo sea, por una parte un mar tempestuoso, y desierto, lleno de tantos salteadores, y bestias fieras; y por otra parte...* El mundo no se puede tomar debajo de dos imágenes tan distintas den-

tro de una misma idea: ó ha de ser todo mar, ó todo tierra.

Aun en la *alegoría*, compuesta y perfecta segun todo el artificio retórico, se pueden cometer algunos vicios, en que suelen caer escritores elocuentes, en quienes luce mas el ingenio que el buen gusto; porque en todas las cosas debe haber término y modo, que es la sabiduría y discrecion del arte de bien decir. Como una alegoría es una serie de objetos comparados entre sí; es imposible que esta comparacion sea difusa y exacta juntamente. Así acontece que, cuando se quiere comparar todas las partes y circunstancias del objeto principal, no se halla perfecta correlación y semejanza entre todas.

En este vicio caen aquellos que creen que todos los objetos son dignos de representarse con un rasgo metafórico y que todas las circunstancias han de especificarse para enriquecer la composición; trabajo vano y pueril. De los dos objetos de que se forma la alegoría solo se deben comparar las principales relaciones que tienen entre sí; y aun de estas, las mas escelentes, las mas magníficas, las mas conocidas, y las mas conducentes á la intencion del orador.

Repitamos, para egemplo y confirmacion de esta última doctrina, la alegoría del *navio* comparado con la *república*. En la relacion de estos dos objetos principales, en sacando del navio el *capitan* comparado con el que está revestido de la suprema autoridad, la *brújula* con las leyes, las *olas* con las facciones, los *vientos* con los ambiciosos, y los *escollos* con los traidores, etc.; todo lo demas, como la *quilla*, el *bauprés*, la *escota*, el *trinquete*, los *balances*, las *arfadas*,

las *orzadas*, etc. ¿ con que se pretendrá compararlo que no sea menudo, ignoble y ridiculo? Cuales son las cosas que se han de decir, y cuales las que se han de callar, la sabiduría lo enseña; pero ésta no se enseña, aunque se aprende errando, corrigiendo, y meditando.

Hay tambien alegorias que, miradas por la parte de su artificio, son regulares, y bien sostenidas bajo de la idea principal desde el principio hasta el fin: y sin embargo son violentas y disparatadas por la incoherencia de cada metáfora tomada en sí sola. Por este gusto y estilo escribía un autor nuestro del siglo XVII. en la dedicatoria de su libro á una Reina: *Las olas de mi temor, y el uracán de mi indignidad, no sumergieron la nave de mi razon, que navegaba al puerto de vuestra clemencia, etc.* ¿ Qué necesidad tenia el autor de hacer alegórica esta demostracion, que es mas abatimiento que obsequio? ¿ No seria mas clara natural, y espresiva si fuese sencilla? En fin cuando no fuese impertinente la alegoria ¿ qué relacion de semejanza hay entre un *huracán* y la *indignidad*, entre una *nave* y la *razon* del hombre? Que los efectos del temor, siendo una turbacion del ánimo, se comparen á la agitacion de las *olas*, podria pasar, perdonándole la afectacion, que la *clemencia*, que ampara á los reos, se compare al *puerto*, que abriga las naves, está bien; mas el autor ¿ habia cometido algun delito por ser escritor, pues pedia perdon, implorando la clemencia real? En este solo egeemplo se manifiesta de muchas maneras cuan fácil cosa es á los que no pesan sus espresiones en la balanza del juicio y buen gusto, ostentar su ingeniosa é impertinente fecundidad.

¿ Cuán diferente es la *alegoria* con que Antonio Perez pinta sus trabajos á su muger, cuando estaba retrahido, y sin esperanza de mejor fortuna, huyendo de la persecucion! Asi le escribe para animarla en alguna manera en los que ella padecia en la prision: *Señora: yo remo y braceo en seco; no hay agua necesaria para navegar: no hay viento para las velas de mi deseo, sino el de mis gemidos y suspiros de verme sin ningun movimiento á ningun puerto sino al de la sepultura.* ¿ Qué viveza de imágenes! ¿ Qué propiedad y relacion guardan entre sí! ¿ Y cómo conspiran todas á un punto final que es el puerto, y por comparacion desesperada la sepultura! El agua, los remos, las velas, el viento; qué lindamente juegan en su lugar, y como enlazan toda la construccion de la alegoria!

Aunque es muy natural hablar con metáforas, porque la imaginacion, que ve las cosas palpables, tuvo gran parte en la formacion de las lenguas, no es tan natural teger una larga composicion con una continuada metáfora; que es obra de mucho estudio y poco á proposito para persuadir y deleitar los ánimos. Entónces la profusion misma de las figuras confundiria la razon del oyente, como acontece en un cuadro alegórico muy cargado de figuras que confunden la vista, y no dejan descubrir la historia y objeto de aquella composicion. Todavía es confusion mas desagradable cuando se mezcla el lenguaje metafórico con el sencillo dentro de un mismo periodo, de suerte que empiece en sentido figurado, y acabe en el literal.

Son bien recibidas de todos los ánimos bien templados aquellas alegorias breves y ligeras, ha-

madas por la naturaloza del asunto, y embebidas dentro de la oracion para darle espíritu, ornato, y gracia al mismo tiempo. En la pintura que hace un elocuente orador del renacimiento de la buena filosofía, dice: *Despues de tantos siglos que los hombres andaban á tientas entre las tinieblas de la escuela, Descartes dió el hilo, y Newton las alas para salir del laberinto.* Esta alegoría es perfecta, y formada con alusion á un hecho de la historia fabulosa del laberinto de Creta, de cuyo tenebroso encierro huyó Teseo, habiéndole Ariadne dado el hilo para salir de aquellas intrincadas sendas, y Dédalo despues, con alas que inventó para el efecto.

Con alusion tambien á la fábula del dragon de Cadmo, y á la formacion fingida de la via lactea, dice otro escritor, hablando de los efectos de la agricultura: *La agricultura con los frutos de la tierra produce los hombres, y con los hombres la riqueza. No siembra los dientes del dragon para parir soldados que se aniquilen; ántes derrama la leche de Venus, que puebla al cielo de innumerable multitud de estrellas.* En esta oracion se encierran dos alegorías por semejanza; en la una se aniquilan los hombres, y en la otra se multiplican.

En este género de alegorías vale poco la oportunidad de las imágenes alusivas, si por otra parte borran su mérito la profusion y el abuso de símiles favoritos, sacados, ó de la mitología, que tiene cierto aire de pedantería: ó de la historia natural, y otras ciencias fisico-matemáticas, que es otro nuevo género de pedantería que se ha introducido en la elocuencia estrangera, y va inficionando á la nuestra.

Son bien recibidas, y lo serán siempre, las fáciles y naturales, sacadas de objetos comunes, mas no vulgares, de asuntos mas conocidos, y por tanto mas vivos y enérgicos porque nos hablan de mas cerca.

Oigamos al P. Sigüenza pintando como por los ojos entran las tentaciones y peligra la flaqueza humana: *El enemigo mas fuerte es nuestra concupiscencia: abrésele la puerta como ladron de casa, y por alli se lanza con nuestro consentimiento. Puesto dentro, enseñórase como tirano, y trátanos como esclavos.* Aquí la idea es hermosa, escogida y llevada hasta el fin con igual curso de la principal metáfora. —El mismo autor en la introduccion á la historia de San Gerónimo, haciendo un paralelo de la grandeza de la historia profana con la humildad de la que le tocó escribir, toma la defensa de esta, diciendo: *Tiene la historia santa sus ornamentos propios, con que se viste y hermosa aquella que parece desnudez. Hay en ella sus propias fuentes donde, sin pensar, manan y nacen entre las manos los avisos y los gustos.*

El inmortal Miguel de Cervantes; tan feliz en dar vida, cuerpo y accion á lo mas inanimado é inerte del reino intelectual, pinta, á la poesia de esta manera: *La poesia es una bellissima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, que se contiene en los límites de la discrecion mas alta. Es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, y las flores la alegran.* En las prendas y conducta de esta fingida doncella ¿no se representan bellisimamente todos los géneros de poesia, lirica, y bucólica?

El P. Nieremberg, hablando del enlazamiento y conexión que tienen entre sí todas las virtudes morales para hacernos vivir bien, continúa: *son joyas tan preciosas, que no quizo la naturaleza, cuidadosa de nuestro bien, tenerlas desbaratadas, ni, al modo de las cosas perdidas, cada una de por sí; sino que, como perlas riquísimas, las engrazó, como en una sarta de sumo valor para atavío del alma.* ¡Qué felizmente sostiene la idea de perlas y de su uso, hasta formar una sarta de virtudes!

De todos los malos se dice en el Libro de Job que *fueron cortados sin hora*, como si dijera, que su maldad pide que no dure su dicha, ni que sea ordinario su fin, como á otros acontece. Espónelo el Maestro Fr. Luis de Leon con esta pintura alegórica. *No se caen de suyo como árbol que ya el tiempo tiene seco, sino cortados verdes, y antes de tiempo: porque, á la verdad, por tarde que les venga el castigo, para lo que toca á su sazón siempre viene temprano, pues nunca llega á madurez: siempre están en la flor de su vanidad, y en el verdor de sus vicios, y mueren siempre cuando les está muy mal el morir.*

Pretendiendo probar que de ningún vicio somos ofendidos mas presto que del de la carne, pintalo el P. Roa con estos colores y propiedades: *Jamás se satisface; siempre tiene hambre de sí mismo: su deseo lleno está de congajas, su hartura de dolor. Traidor es á su propio dueño, ladrón de casa; dentro vive de nosotros mismos, jamás se aparta de nosotros: en el yermo mas desierto, en la soledad mas callada, en las breñas y riscos mas ásperos, allí nos sigue y acecha, y teniéndonos debajo, su lanza hace en nosotros*

*carnicería.* Bien vale tanto, y no quiero decir mas, esta pintura como la del *peregrinantur, rusticantur* de Ciceron personificando á las letras. El autor, hablando en otra parte del mismo vicio, que hace sus primeros tiros á los jóvenes, dice con no ménos propiedad, y aun con mas energía: *Son las armas de la sensualidad las primeras y mas fuertes que juega el vicio contra la juventud, mas dañosas como ménos aborrecidas: salen de nuestra aljaba, y hieren lisongean-do el sentido.* Esta última cláusula es toda el alma del discurso: ¿qué serían aquellas armas sin esta aljaba? Medítelo el lector

Hablando de las tentaciones y peligros á que espone á los que siguen el camino de la perfección el poco recato de los ojos, dice el mismo autor: *Son los ojos ventanas del alma, por donde se derrama en las cosas visibles, y por donde saltean estas su tesoro, y se apoderan de la torre de su homenaje.*

Escribiendo Antonio Perez á uno de sus hijos que habia salido de prision, y suspiraba con los demas hermanos por ver á su padre á la sazón refugiado en Francia, le dice estas sentidísimas palabras: *¡ Ah hijo mio! Cuánto quisiera yo lo que vos, y ver asidas estas ramas á su tronco! Tronco solo, cual me ha dejado desgajado y desnudo de ramas y ojas esa ventisca de furor y ira, Dios lo hará; que no sufre tal golpe de gemidos sin moverse.* ¡Que objeto mas propiamente escogido que el árbol, azotado del huracán, para pintar su persecución! donde las ramas convertidas en hijos, y la ventisca en furor de sus perseguidores, forman el emblema de un desgraciado mortal. Bien vale, en otro sentido, el

de la oda de Horacio : *Iustum et tenacem propositi virum*, en que pinta al varon fuerte.

Sea ejemplo magnifico de otra alegoria bien sostenida y animada lo que escribe el mismo autor, hablando con el Rey de Francia Enrique IV, quando le envió la relacion impresa de sus desgracias y persecuciones movidas del enojo de otro Rey : *Quizá le será á V. M. de gran advertimiento el oír la suma de esta historia, porque los grandes maestros y artifices suelen aprender mas de un error grande en su profesion que de sus accertamientos, como los grandes marineros del escarmiento del encuentro de otro marinero en un escóllo. Y ningun peñasco mas peligroso para dar al treves navios grandes que la pasion. Pues ¿qué será si á todas velas del poder absoluto? No suele entónces quedar raja entera del navio.* Empieza esta composicion por una comparacion noble, y acaba con una semejanza vivisima, y bien adecuada que, á pesar de ser tomada de un objeto muy comun por muy usado, recibe un semblante nuevo por la oportunidad y eleccion de las metáforas.

El mismo autor hablando de la paciencia y serenidad con que hasta entónces habia padecido una persecucion tras otra, habituado ya á fuerza de golpes á sufrirlos, dice que la verdadera escuela para aprender no son las camas de flores de los favoritos de la fortuna, sino dolores y aventuras propias y ajenas; y continúa de esta manera : *Venturoso el que aprende en cabeza ajena: que yo ya me canso de ser cirujano por bien acuchillado, y cuerpo de anatomia, y de sufrir los golpes de tantos cirujanos como van sobreviniendo, y se van ejercitando en esta carne mó-*

*nia cada dia. Guárdense, pues, que el cuchillo, si se desliza de la mano, corta al que hiero como al herido, asi como al leonero, que suele morir las mas veces en las manos y garras del leon.* ¡Qué verdad y espíritu hay en esta semejanza, sacada de un objeto tan material y mecánico como la cirugia! pero el autor lo dignifica por la buena aplicacion de las circunstancias que ha elegido, y de la comparacion con que cierra el último pensamiento.

Pueden, en una misma composicion, entrar distintas alegorias, que varien la imagen de la semejanza, sin variar el pensamiento principal, siempre que cada una deje perfecta la sentencia. Por este término Fr. Luis de Granada convierte la esperanza en áncora, luego en escudo, y despues en báculo, distinguiendo en las tres imágenes tres similares, y formando tres oraciones separadas sin separarse de la idea ó proposicion general á donde van todas ordenadas. Dice que solo Dios es nuestra esperanza, en los peligros, en las adversidades, y en las necesidades, y acomodando á cada uno de estos tres casos su consideracion distinta, prosigue : *Si la esperanza viva es el áncora de nuestra vida ¿cómo osa nadie entrar en el golfo de este siglo tan tempestuoso sin el socorro de esta áncora? Y si la esperanza es el escudo con que nos defendemos del enemigo ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Y si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia ¿qué será el hombre flaco sin el arrimo de este báculo?*

De la alegoria pura nacen, como de una fuente comun, los proverbios, los apólogos, los simbo-